

«Creo en Dios Padre todopoderoso»

JOSÉ ROMÁN FLECHA

El símbolo de la fe nos define como personas creyentes, al tiempo que nos une a otros creyentes. Eso es el símbolo: una realidad y una afirmación de sentido, una realidad comunicada y un sentido compartido. Lo simbólico une, lo diabólico separa. «*Quien dice 'yo creo', dice 'yo me adhiero' a lo que nosotros creemos*», como afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica* (CIC, 185).

El primer artículo del credo es rico en sugerencias y en demandas. En primer lugar, nos sitúa como creyentes en el mundo. En un segundo momento, recuerda que nuestra creencia reconoce y testimonia la existencia de Dios. En un tercer tiempo, afirma que el Dios creído es reconocido como padre. Y, por fin, la fe se abre sobre el universo para descubrir en él las huellas del señorío y del amor creador de Dios.

Esos son precisamente los pasos que ha de seguir nuestra reflexión.

1. La dificultad y el gozo de creer

1.1. Hay una cierta diferencia entre «creer» y «creer que». La primera fórmula nos abre a la confianza abierta. La segunda nos acerca al campo de la opinión. Pues bien, en el mundo de hoy parece más fácil el opinar que el confiar. El «que» puede ser interesado: equivale a casarse con algo o con alguien. El simple «creer» es virginal y desnudo, indigente y libre.

Es difícil creer, si entendemos esta expresión en el sentido de «confesar»: es arriesgado testimoniar las más nucleares creencias

Pues bien: algo de eso es la fe. Algo de eso es creer. La fe en Dios está, en efecto, integrada por tres actitudes fundamentales:

- a) Vivir de la fe significa saberse fruto de una elección gratuita, acompañado por la voz de una llamada, proyectado desde la hondura de una vocación que suscita al ser y al ser-en-comunión con el Dios que llama y convoca.
- b) De ahí que vivir de la fe signifique también una apertura a la dialogicidad. Creer en Dios es estar y mantenerse disponibles para el encuentro con un Tú, cercano y trascendente a la vez, acariciante y exigente, que se «aproxima» en los pequeños tú, hambrientos o sedientos, que nos encontramos todos los días (cf. *Mt 25,31ss*).
- c) Por eso la fe en Dios, además de la vocación y la dialogicidad, incluye siempre el amor. Creer en Dios es saberse amados y portadores de un amor que nos desborda y se expande a través de nosotros. Quizá por aquí se podría intentar una definición del hombre y una nueva antropología: el hombre es el ser que se sabe amado y transmite el amor.

Creer en Dios significa saberse nacidos del amor, pensados desde el amor, imaginados con amor, sustentados por el amor de Dios y reconocerse como caminantes en el amor hacia la plenitud del amor.

2. Creo en Dios

2.1. El amor es nuestro principio fontanal, el camino de nuestra itinerancia y la meta de nuestras esperanzas. Es imposible creer en Dios si no se tiene—o no se ejercita—esta capacidad para vivir sabiéndose amado.

Y, sin embargo, parece que no es tan fácil vivir esa experiencia. Por primera vez a lo largo de la historia, los hombres y mujeres que afirman creer en Dios se encuentran con un ateísmo militante y sistemático que niega toda dependencia del hombre respecto a Dios con la pretensión de reivindicar la grandeza y libertad del mismo ser humano. En ese contexto, los creyentes aparecen como personas resignadas a su propio sometimiento. Creer en Dios sería como abdicar de la dignidad humana.

El Concilio Vaticano II, en la *Constitución sobre la Iglesia en el mundo de hoy* (GS, 19), ha ofrecido un elenco de al menos diez caminos seguidos por el ateísmo en nuestros días.

- a) Hay algunos que, basándose sobre todo en una cosmovisión antropocéntrica, niegan a Dios expresamente y, se podría decir, de forma dogmática.
- b) Otros, por las vías del agnosticismo, consideran que el hombre nada puede afirmar sobre Dios, ni respecto a su esencia ni respecto a su eventual existencia. Como un célebre drama, se mantienen en la indecisión «esperando a Godot», a un dios desconocido que, aun a su llegada, resultará irreconocible.
- c) Otros, apoyándose en un principio de verificabilidad de cuño antimetafísico, declaran privadas de sentido las proposiciones que afirmen o nieguen la existencia de Dios. El problema de Dios es un problema sin algún significado, al menos en el terreno de un discurso que quiera ser lógico.
- d) Otros, que parecen haber puesto su fe en «el mito de la máquina», estudiado por Lewis Mumford, rebasan los límites de las ciencias positivas y pretenden explicar la totalidad de la realidad desde un presupuesto puramente científico, como si la ciencia

podiera resolver los enigmas de la existencia y prescindir, por tanto, de un Dios asumido como hipótesis precrítica. En este contexto cabe, sin embargo, otra postura: la que, valorando el aspecto probabilista y económico-práctico del saber científico, rechaza toda verdad absoluta.

- e) A otros les ha llevado al ateísmo un mal entendido amor al hombre. La afirmación del hombre les interesa mucho más que la negación de Dios. Prescinden de todo planteamiento sobre Dios, porque les interesa vivir de cara al hombre. Un humanismo, tal vez sincero, pero autoclausurado, los ha llevado a un ateísmo explícito.
- f) Otros—y éste es quizá el ateísmo más doloroso para los creyentes— rechazan un Dios imaginado, defectuosamente presentado: atacan a los molinos viendo fantasmas. Alguien les ha dicho que Dios castiga a los niños o que Dios almuerza en la mesa del explotador y se niegan a admitir a «ese» Dios. Han llegado al ateísmo por luchar contra un Dios que sencillamente no existe. Pretenden rechazar al Dios verdadero, rechazando un Dios falso —¿o será al contrario?—, un Dios que nada tiene que ver con el anunciado por Cristo Jesús.
- g) Otros parecen vivir a fondo la aventura prometeica de robar el fuego del cielo para que los hombres sean independientes de los dioses. Aun sin llegar a la rebelión abierta, esta actitud, más comprensible en la cosmovisión griega que en la herencia bíblica, fija la mirada del hombre sobre su autosatisfacción y le lleva a perder toda inquietud religiosa. El hombre ya no percibe por qué debería preocuparse por el hecho religioso.
- h) Para otros, el ateísmo es una actitud plenamente moral. Protestan contra Dios porque en realidad están protestando contra el mal.

Resulta enternecedor, desde la fe, acercarse a este Dios que ha querido vincular no su existencia, pero sí su cognoscibilidad al testimonio de los creyentes. Dios nos ha invitado a vivir el bien, a sembrar el bien, a celebrar el bien y a confesar el bien, pero somos muchos los creyentes que nos esforzamos por luchar contra el mal y presentamos una triste imagen de Dios, contra la cual los ateos se sublevan.

- i) Junto a este ateísmo moral, el Concilio recuerda el otro ateísmo de los que conceden—de los que concedemos—carácter de absoluto a sucedáneos de Dios y damos el nombre sacrosanto e intangible de Dios —o el culto— al dinero, a los títulos, a nuestros puestos sociales o a nuestras instituciones.
- j) En último lugar, nos recuerda el Concilio que la actual civilización, no en sí misma, pero sí por su carga de apego a la tierra, puede con frecuencia dificultar el acceso del hombre a Dios.

Por todos estos caminos, y quizá algunos más, los hombres de hoy encuentran difícil decir honrada y sinceramente: creo en Dios.

Todavía, para dificultar las cosas, resulta que el ateísmo hoy se ha hecho apostólico. Se ha lanzado a la cruzada. El mismo Concilio ha dicho que cuando este ateísmo llega al poder ataca violentamente a la religión e intenta apoderarse de las claves de la educación para sembrar ateísmo a su alrededor.

El ateísmo se ha convertido, paradójicamente, en una fe. Y, junto a él, la fe se ha hecho atea. Si hay un ateísmo que se ha trasmutado en creencia, también hay, tristemente, una creencia que se ha convertido en atea, existe un ateísmo de los creyentes que obran en la práctica como si Dios no existiera, que no se preguntan jamás por los caminos

de Dios ni por la voluntad de Dios, sino que actúan según los criterios del interés o del pragmatismo.

2.2. ¿Qué significa entonces creer en Dios? No es lo mismo creer en algo que creer en alguien. Y la fe en Dios, tal como la entienden y viven los cristianos, no se resigna a convertirse en una vaga sospecha de la presencia de "algo" trascendente a la peripecia humana.

- Creer en Dios significa superar aquella vieja acusación que, desde Feuerbach, nos ha sido dirigida día tras día como si amáramos menos al hombre por confesar a Dios, como si Dios fuera la gran alienación del hombre.
- Creer en Dios significa afirmar, con la palabra y con la vida, la grandeza de Dios y la grandeza del hombre. Significa afirmar la soberanía del Dios que es Nuestro Señor y la autonomía del hombre a quien Dios comunica las fuentes y la vocación de su señorío. Los humanismos a ultranza terminan por ser inhumanos y el amor al hombre termina encerrando al hombre en una cápsula si no mantiene abierto un ventanillo hacia una trascendencia que el Dios vivo ha querido gratuitamente acercarnos.
- Creer en Dios es saber que estamos llamados a autotrascendernos, a ser más que hombres. La fe en Dios hace que creamos que el hombre ha sido llamado a ser Dios, como los Padres repitieron siglo tras siglo, en fórmulas a veces tan densas como aquella de san Agustín: «*Amando Deum efficitur dii*»: amando a Dios nos hacemos dioses.

La respuesta a los interrogantes del hombre no vendrá de su tener, ni de su poder ni de su saber, sino de su confiar, de su abrirse a metas que el Señor le descubre por encima de sus propias sospechas. «*Sólo Dios responde a las aspiraciones más profundas del corazón humano,*

el cual nunca se sacia plenamente con solos los alimentos terrenos», ha dicho el Concilio Vaticano II (GS 41).

2.3. Pero ¿qué nos dice la misma palabra de Dios sobre esta aventura estupenda y maravillante de creer en él?

La fe del pueblo de la Biblia se alimenta con frecuencia de las palabras, convertidas en plegaria, del libro del Deuteronomio (6,4ss) «*Escucha, Israel: Yahvéh es nuestro Dios, sólo Yahvéh*». En ellas se encuentra el sentido de la vida del pueblo. Un pueblo amado por Dios. Un pueblo de creyentes en Dios. «*A Yahvéh tu Dios temerás, a él le servirás, por su nombre jurarás*» (Dt 6,13). Dios es objeto de la reverencia misteriosa del hombre y, al mismo tiempo, se alza en el horizonte del servicio afectuoso y fiel de su pueblo.

Esta fe en Dios que libera al hombre de su misma limitación se escuchará un día como mensaje gozoso en los profetas.

- Creer en Dios es aceptarlo como *dueño de la viña* plantada en un fértil recuesto y mimada por la mano del Señor. Yahvéh es el dueño afectuoso de la viña que es su pueblo (cf. *Is 5,1-7*). Creer en Dios es, por tanto, saber que él cuida de los suyos y los atiende con esmero.
- Dios es presentado también como *pastor de su rebaño*. Él está siempre dispuesto a buscar la oveja que se ha descarriado o a vendar la pata de la perniquebrada (cf. *Ez 34,16*). Creer en Dios es, pues, mantenerse en camino, confiadamente, porque él nos conduce a frescas vaguadas, a veces inesperadas, y coloca ante nosotros una mesa bien abastecida (cf. *Sal 23*).
- Dios es, además, comparado con un *padre* que toma en brazos a su hijo pequeño y lo levanta a la altura de sus mejillas, un padre

que enseña a su niño a dar los primeros pasos y se inclina para darle de comer (cf. *Os* 11,1-4). Creer en Dios es entonces seguir cada día los caminos de la paternidad y la filialidad.

- Dios es, finalmente, un *esposo*, que se distingue por su elección y por su ternura. Un esposo que es capaz de perdonar la traición de la esposa infiel (cf. *Os* 1-3), tras haberla encontrado, criatura indefensa y abandonada, en la linde del desierto, tras haberla acogido, alimentado, escogido como compañera de amor y de destino (cf. *Ez* 16). Creer en Dios es, por tanto, aceptar la oferta de su alianza y su intimidad.

Nuestra fe es heredera de la honda convicción de innumerables hombres y mujeres que se alimentaron de estos símbolos primordiales. Su fe los mantuvo en camino y los guió hacia terrenos desconocidos. Su fe los invitó al sueño liberador y a la utopía de una tierra nueva y no por eso al desentendimiento respecto a las demandas de su mundo y de su tierra (cf. *Heb* 11). Abrahán es el padre de nuestra fe y ha merecido en la Escritura el título de amigo de Dios. Pero eso no lo hace menos varonil, menos humano, menos dramáticamente humano. Somos descendientes de un pueblo que caminó hacia la liberación a través de las dunas del desierto, fiándose de un Dios cada vez mayor, inaferrable y desbordante como la nube que lo guiaba por el desierto. Creer en Dios es aceptar esta grandeza liberadora de un Dios que precede, va delante e invita a caminar hacia el futuro.

Pero es sobre todo Jesús de Nazaret quien ha desvelado la hondura de la fe. Él ha vivido y explicado lo que significa creer en Dios. Él es el «apóstol de nuestra fe», como dice con frase afortunada y profunda el autor de la carta a los Hebreos (3,1). Él, que suscita la fe en Dios, exigirá la fe en su misión de enviado (cf. *Jn* 14,1). Creer en Dios, con Jesús, como Jesús, con la fe de Jesús, es aceptar el misterio como portador de sentido, saber que no estamos solos en el mundo, ofrecer

la vida al plan salvador que nos precede y nos arroja con la caricia de un Padre.

3. Creo en Dios Padre

3.1. El Dios de Jesús de Nazaret es un Padre con entrañas maternas. Pero si en nuestros días resulta difícil creer en Dios simplemente, no resulta mucho más fácil profesar la fe en un Dios Padre.

- a) Una primera dificultad ha sido evidenciada por los estudios psicoanalíticos. Estudiada en esa clave, la creencia en un Dios Padre parecería un fruto de la irresolución del complejo de Edipo. Una proyección de la pequeñez e inseguridad del hijo frente a la fuerza y el poder del padre. Por eso es necesario «matar» al padre para que el hijo crezca y madure. Freud llegó a cifrar en este punto la diferencia fundamental entre el cristianismo y el judaísmo. Si el judaísmo es la religión de la obediencia al padre, el cristianismo es la religión del asesinato del padre. Su hijo lo ha suplantado. Los creyentes en Jesucristo han logrado esa experiencia fascinante que todo hombre ha añorado siempre en su existencia: eliminar al padre para ocupar su puesto.

Uno de los mejores estudiosos de la teología con relación al psicoanálisis, J. M. Pohier, ha dicho en su obra *En el nombre del Padre* que «*el análisis freudiano del complejo de Edipo nos enseña que el hijo le presta al padre una vida que no es la que recibe efectivamente de él, sino la que le gustaría poder atribuirse a sí mismo; por eso la figura paternal no es más que la depositaria de la omnipotencia infantil del deseo*».

La consecuencia de este presupuesto es obvia: quien cree en un Dios Padre delata su infantilismo, se manifiesta como un niño

ante el mundo y sus retos continuos, renuncia a crecer y a alcanzar el estado de adultez. Creer en un Dios Padre manifestaría tan sólo la pequeñez y los temores de la persona. La fe en un Dios Padre sería una regresión.

- b) Otra gran dificultad para creer en un Dios Padre proviene de la cultura de la secularización, que propugna y reivindica la «profanidad» y autonomía de las realidades creadas.

Ya I. Kant, al intentar esbozar una respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?, afirmaba que, en el fondo, la Ilustración representa el abandono de una minoría de edad que ha sido culpable por parte del hombre. Era necesario que los hombres se atreviesen a olvidar que el centro de este mundo era Dios y tuviesen la gallardía de considerarse a sí mismos como el centro de la realidad creada.

Ya en el siglo XX, ha ejercido enorme seducción la figura de Dietrich Bonhoeffer, quien, en su obra *Resistencia y sumisión*, medita sobre la necesaria adultez de los creyentes ante Dios: «*La honestidad demanda que nosotros reconozcamos que tenemos que vivir en el mundo como si no hubiera Dios. Y esto es precisamente lo que nosotros reconocemos ¡delante de Dios! Dios mismo nos llama a esta verificación. El Dios que está con nosotros es el Dios que nos abandona (Mc 15,34). Nosotros nos erigimos en la presencia de este Dios que nos hace vivir en el mundo sin la 'hipótesis de trabajo': Dios.*».

Los creyentes verdaderos han de vivir «*como si Dios no existiera*»; no porque no exista, sino porque han de reafirmar su propia autonomía, su grandeza de ánimo, y una adultez que ya no necesita de un Dios «tapa-agujeros».

- c) Una tercera dificultad para profesar la fe en un Dios Padre ha venido de la fenomenología religiosa. Se ha pretendido a veces que la fe en la paternidad de Dios sería la señal de un estadio religioso degradado.

Sin embargo, tanto Vergotte como Paul Ricoeur han demostrado que todas las religiones partieron en el origen de la idea—y la experiencia— religiosa de la paternidad de Dios. En sucesivos momentos degradatorios habrían concebido a los dioses como enemigos del ser humano y pensarían que es necesario aplacarlos, puesto que no aman a los hombres. Sólo en un tercer estadio, éstos logran liberarse del fantasma y van recuperando la paternidad con el gozo y la serenidad del auténtico encuentro religioso. Las personas individuales, como las religiones en su conjunto, están llamadas a redescubrir paulatinamente la imagen del Dios Padre. Partiendo en su experiencia religiosa de un Dios Padre, tendrán después que madurar y eventualmente olvidar esta imagen para redescubrirla más tarde con paz y creatividad.

3.2. Los textos angulares de la fe cristiana hermanan a los creyentes con otros hombres y mujeres en una fe que acepta y venera a un Dios Padre.

- a) El Antiguo Testamento parte de la experiencia de un Dios que es el liberador de su pueblo, a partir de la esclavitud de Egipto. Los profetas conservan esta idea de la protección de Dios, pero subrayan su infinita ternura (cf. *Jer* 3,19; 31,20).

La invocación de Dios como 'Padre' es conocida en muchas religiones. La divinidad es con frecuencia considerada como 'padre de los dioses y de los hombres'. En Israel, Dios es llamado Padre en cuanto Creador del mundo (cf. *Dt* 32,6; *Ml* 2,10). Pues aún más, es Padre en razón de la alianza y del don de la Ley a Israel,

su 'primogénito' (*Ex* 4,22). Es llamado también Padre del rey de Israel (cf. 2 *Sam* 7,14). Es muy especialmente 'el Padre de los pobres', del huérfano y de la viuda, que están bajo su protección amorosa (cf. *Sal* 68,6)". Así lo recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica* (n. 238).

Los textos posteriores al exilio babilónico continúan reflejando la paternidad de Dios en clave de elección comunitaria: el pueblo entero es el Hijo de Dios (cf. *Is* 45,10-11; 63,16; *Mal* 1,6; 3,17). Pero, al mismo tiempo, tanto los salmos (*Sal* 27,10; 103,13) como los escritores más cercanos a la cultura helenista consideran a cada hombre justo como hijo de Dios (*Prov* 3,12; *Sab* 2,13-18; 5,5).

- b) Pero es sobre todo en el Nuevo Testamento donde se desvela de verdad el rostro paterno de Dios.

Conviene recordar el misterio y la profundidad del título «Abba», con el que Jesús se refiere a Dios en un tono de familiaridad sin precedentes y sin posible continuación (*Mc* 14,36). En Jesús la experiencia filial respecto al Padre constituye el núcleo más íntimo de su personalidad, como nos ha recordado E. Schillebeeckx en su libro *Jesús, la historia de un viviente*.

Crear en el Padre es para Jesús la raíz honda de su existencia y de su autocomprensión. El término *Abba* y la concepción de Dios como padre van vinculados sin duda a la experiencia y al anuncio del reino de Dios. Era necesario que surgiese un nuevo estilo de mundo, una comprensión distinta del mundo, para que Dios fuese aceptado como Padre. También ahora la fe en la paternidad de Dios es inseparable de la aceptación de su señorío y de su reino.

- c) Pero Jesús, que lo llama y reconoce como su Padre, lo ha llamado y anunciado también como Padre de sus discípulos (*Mt*

5,45; 6,1; 7,11). Y como a tal Padre les ha invitado a reconocerlo e invocarlo.

Crear en un Dios-Padre es reconocerlo como Padre. Significa vivir en la confianza, porque el Padre sabe lo que sus hijos necesitan (*Mt* 6,32). Significa aceptar y celebrar que este mundo tenga un sentido: porque él ama a los hombres más que a los pajarillos y a los lirios del campo (*Mt* 6,25.30).

El terror «pánico» que los griegos experimentaron ante sus dioses queda superado en la experiencia religiosa de Jesús. Y en su anuncio que contagia paz y esperanza: «*No os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, pues el Padre mismo os quiere*» (*Jn* 16,26-27).

- d) Los discípulos de Jesús entendieron bien este mensaje. Para Pablo es tan sólo el Espíritu quien permite a los creyentes exclamar: *Abba* (*Rom* 8,15; cf. *Gál* 4,6). Es más: éstos sabrán si han abierto las puertas al don sagrado del Espíritu cuando vivan esta filialidad respecto a Dios (*Rom* 8,14), y su vida sea dictada por la libertad y la alegría, por el riesgo y la cooperación con el Padre. Es el Espíritu quien crea en ellos la dimensión de la filiación y la conciencia de la filialidad. El Espíritu del amor «*Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues lo somos*» (1 *Jn* 3,1; cf. *Jn* 1,12). El mismo amor del Padre ha concedido a los fieles la adopción filial y la serena confianza de saberse hijos y tratar de comportarse como tales.

3.3. No es extraño que el credo cristiano -un antiguo credo bautismal nacido en la comunidad de Roma- planteara como primera pregunta a los paganos que entraban en la Iglesia: ¿crees en Dios Padre? La primera condición para recibir el bautismo e incorporarse a la comunidad de los creyentes en Jesús el Cristo es creer en la paternidad de

Dios. «*La verdad básica y primordial en que se dice creer es Dios Padre*», como ha subrayado J. N. D. Kelly, quien añade a continuación: «*El que esto constituya el núcleo del primer artículo no puede sorprender lo más mínimo, puesto que es ni más ni menos todo lo que se podía esperar, sabiendo que el modelo que se estaba siguiendo era el de la fórmula bautismal*».

Con razón predicaba san Agustín en el sermón 213: «*Date cuenta de lo fácil que es decir esas palabras y lo llenas de sentido que están. Es Dios y es Padre, Dios por el poder, Padre por la bondad. ¡Qué dichosos son quienes se dan cuenta de que Dios nuestro Señor es nuestro Padre!*».

Esta convicción inspirará la alegría y la confianza de todos los cristianos a lo largo de los siglos. De ahí brota la libertad y la grandeza desgarrada de Francisco de Asís. Según la segunda biografía debida a Tomás de Celano, Francisco se desprende de sus ropas para devolverlas a su padre terreno y manifestar en su desnudez que en adelante ya no dirá más «padre Pietro Bernardone», sino «Padre nuestro, que estás en los cielos». Desde aquella primavera de 1206, Francisco irá por grutas y valles hilvanando en su vida una tierna y atrevida paráfrasis al padrenuestro.

3.4. Por consiguiente, creer en Dios no se reduce a comprender el mundo como autoportador de sentido. Tampoco equivale a aceptar la presencia regidora de una fuerza anónima. Creer en Dios es aceptar la presencia acariciante y orientadora de un Dios personal: de un Padre, exactamente. Creer en Dios es aceptar el don sagrado de la paternidad y de la filiación.

O muy defectuoso ha sido el testimonio de los creyentes en un Dios Padre o de alguna manera ha sido tergiversada esa fe para que se haya subrayado la incompatibilidad entre la madurez humana y la creencia

en un Dios Padre. Ante tal acusación, los creyentes han de volver los ojos a Jesús de Nazaret. ¿Es que creer en un Dios Padre le restó libertad para superar las tentaciones de la comodidad y el retroceso? ¿Creer en un Dios Padre le impidió madurar en su adultez humana y religiosa? ¿Ofrece Jesús el aspecto de una infantilidad insuperable? Aceptar a un Dios Padre ¿hizo a Jesús menos maduro?

La referencia a Jesús no es en modo alguno accidental. En el fondo de la cuestión está él. Creer en un Dios Padre es recordar que Jesús lo tenía por Padre. No creemos en Dios Padre porque él nos haya creado, aunque eso sería ya suficiente. No creemos en Dios Padre porque él nos sustenta y anima, aunque eso sería bastante. Ésos no son los planteamientos específicamente «cristianos». Creemos en un Dios Padre porque Jesús, nuestro hermano, es el Hijo de Dios. Porque Jesús lo ha tenido por Padre.

Resultan asombrosas las palabras de Pablo a los romanos: «*Son hijos de Dios todos los que son guiados por el Espíritu de Dios*» (Rom 8,14). Como lo fue Jesús. Porque Dios, «*a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos*» (Rom 8,29). Son hijos de Dios los que incorporan el "espíritu" de su Hijo. Ésos participan de la filiación típica de Jesús. La prueba de que somos hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo (Gál 4,6).

Se diría que la filiación no es un punto de partida, sino una meta. Llamados a ser hijos, lo conseguiremos cuando asimilemos el espíritu del amor gratuito que se ha hecho carne en Jesús: «*Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos*» (Mt 5,44).

Dios ha aceptado un hijo único que es Jesús. Y en él hemos sido

aceptados todos los justificados por su gracia (cf. *Ef* 1,5) en la medida en que aceptemos, recibamos, celebremos ese espíritu de su filiación. Por eso es imposible creer en un Dios Padre si uno no admite la mediación salvadora de Jesús que es el Cristo. Dios es reconocido como Padre en la medida en que uno cree que Jesús es el Señor (cf. *Gál* 3,26). Para dar ese paso es necesaria la fuerza del Espíritu de Dios.

Era preciso, en este contexto, evocar el misterio trinitario. Dios es nuestro Padre porque el Espíritu nos asemeja a Jesús, nos acepta en Jesús, nos redime en Jesús. Porque Jesús es el camino de acceso a Dios. Porque Jesús, el Señor, es el testimonio de la presencia del Padre entre nosotros.

Con razón Juan Pablo II, evocando palabras del Concilio, ha podido escribir:

«El hombre y su vocación suprema se desvelan en Cristo mediante la revelación del misterio del Padre y de su amor» (DM 1).

Sólo podremos comprender nuestra dignidad en la medida de nuestra aceptación de la paternidad de Dios. Y sólo comprenderemos que Dios es nuestro Padre cuando hayamos aceptado que Jesús es el salvador y que no hay salvación fuera de Jesús. Como dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*, «Jesús ha revelado que Dios es 'Padre' en un sentido nuevo: no lo es sólo en cuanto Creador, es eternamente Padre con relación a su Hijo único, que recíprocamente sólo es Hijo en relación a su Padre» (n. 240).

4. Creo en Dios Padre todopoderoso

4.1. Al proclamar nuestro antiguo credo no solamente profesamos nuestra fe en Dios. No sólo aceptamos un Dios Padre. Decimos creer

en un Dios que es Padre y Todopoderoso creador de cielos y tierra.

- a) Pero también en este punto nos aguardan agazapadas algunas dificultades. Algunas afectan a nuestra imaginación. Nos imaginamos a veces un Dios que ejerciese potencias imposibles. ¿Podría Dios hacer que el círculo fuese a la vez cuadrado? ¿Podría Dios conseguir que el pecado fuese a la vez virtud? Viejas preguntas que se plantearon ya los nominalistas medievales con su voluntarismo a ultranza. Pero no se sitúa en ese terreno nuestra confesión de un Dios todopoderoso. Su omnipotencia no equivale a una manipulación caprichosa de las leyes por las que se rige la realidad.
- b) En otras ocasiones las dificultades son de carácter ético. ¿Cómo podemos aceptar un Dios Todopoderoso que permite el misterio indescifrado del mal? ¿Es posible creer en un Dios, presuntamente Todopoderoso, que parece ignorar, si no permitir, el dolor de los inocentes? ¿Es fácil confesar un Dios poderoso que concede un espacio de libertad para otros poderes inicuos? ¿Es posible creer en un Dios Padre todopoderoso que parece aceptar tranquilamente el misterio de la injusticia y la villanía?

La presencia de Dios en Jesucristo nos ha revelado, desconcertantemente, que nuestro Dios Todopoderoso es al mismo tiempo el Dios débil y discreto, el Dios mudo y silencioso, el Dios que ha permitido el griterío de las voces humanas, aun a costa de pasar inadvertido.

- c) Los textos originales griegos que están en la base de nuestro credo utilizan la palabra *Pantocrátor*, que ofrece una diversa matización a nuestras palabras Todopoderoso y Omnipotente.

Creer en un Dios Padre Todopoderoso es profesar nuestra fe en el Pantocrátor. No se trata, pues, de profesar nuestra admirada

confianza en un Dios semejante a un mago del circo. No es cuestión de eventuales potencias imposibles. No se trata de preguntarnos hasta dónde se extiende el «más difícil todavía» que nuestro Dios podría realizar. Nada de eso. La experiencia religiosa de un Dios Pantocrátor nos lleva a confesar que él es el Señor.

Creemos que lo gobierna todo. Creemos en el Dios sustentador y Señor de la historia. Creemos en el Dios que da sentido a nuestro acontecer humano.

4.2. Pero ¿no será ésta una fácil acomodación para creyentes resignados? ¿Qué nos dice la Sagrada Escritura sobre esta convicción nuestra?

- a) La primitiva y venerable profesión de fe de Israel—«mi Padre era un arameo errante que bajó a Egipto...»- perpetúa el recuerdo agradecido de la elección divina, de la liberación de la esclavitud, de la donación de una tierra de paz y bendición (cf. *Dt* 26,5-10).

Los salmos 104 y 105 nos acercan la alabanza al Dios que manifiesta su poder en el espectáculo de la naturaleza y en el desarrollo de la historia. A través de toda la plegaria hebrea se perfila una certeza: Dios es todopoderoso porque es el Señor de nuestra historia y el Señor de nuestra creación. Él nos ha regalado alguna vez, en algún lugar, la sed de la libertad cuando éramos esclavos.

Dios es todopoderoso porque de él dependen el tiempo y la historia. Porque escucha el clamor de los desesperados y los libra del poder de los malvados, como confiesa la reina Ester. Y porque envía el soplo de su aliento -su "espíritu"- y todas las cosas son creadas renovando la faz de la tierra, como canta el salmista (*Sal* 104,30).

- b) También el Nuevo Testamento nos modifica nuestra imagen habitual de un Dios Todopoderoso. Desde las palabras del ángel a María —«ninguna cosa es imposible para Dios» (Lc 1,37)— comprendemos que la omnipotencia de Dios no evoca tanto la voz majestuosa que desgaja los cedros y estremece las encinas (cf. *Sal* 29), como la presencia de aquél que hace justicia a los oprimidos, suelta a los encadenados y abre los ojos a los cielos (*Sal* 146).

María proclama que el Poderoso ha hecho en ella obras admirables (*Lc* 1,49). La fuerza de su Dios se manifiesta en la creación de un mundo nuevo en el que los poderosos son abatidos y los humildes elevados. Dios es Todopoderoso en su creación, pero más aún en la recreación de un mundo diferente y nuevo. Dios es Todopoderoso porque es capaz de poner en este mundo un Hijo, modelo de hombre, germen de una creación transfigurada.

Dios es Todopoderoso no sólo porque nos crea, sino porque nos re-crea una y otra vez. No sólo porque domina la tormenta, sino también porque ante un paralítico invita a caminar y sobre todo cura los pecados, ante el estupor de la multitud que alaba a Dios porque en Jesús ha dado tal poder a los hombres (cf. *Mt* 9,8).

En una carta conmovedora, escrita desde la cárcel, Pablo dirá a los cristianos de Filipos que Dios realiza en nosotros el querer y el obrar, según su complacencia (*Flp* 2,13). El poder de Dios se manifiesta sobre todo en vencer la máxima resistencia de este mundo, que no son las rocas ni los huracanes, sino el corazón humano. Dios es poderoso porque, habiendo creado al hombre por un amor gratuito y desinteresado, ofrece un norte a la libertad agradecida del ser humano.

Es precisamente la visión de una multitud de creyentes que mantienen la fidelidad al mensaje y la vida de Jesús lo que

motiva el canto de los ancianos simbólicos que atribuyen a nuestro Dios la bendición y la gloria, la sabiduría y la acción de gracias, el honor, el poder y la fuerza (*Ap* 7,12).

4.3. A lo largo de nuestra tradición creyente, los Padres de la Iglesia entenderán la omnipotencia de Dios reconociéndolo, sí, como creador, pero sobre todo como Señor de nuestra existencia. Es interesante constatar que san Agustín, en el sermón 213, dice que podemos esperar de él todas las gracias por ser omnipotente, de modo que afirmar que no puede perdonar todos nuestros pecados sería una negación blasfema de su omnipotencia

Dios es Todopoderoso porque tiene en sus manos la historia y el proyecto de la salvación. Por tanto, creer en Dios Padre Todopoderoso es creer que él nos salva, que él está creando un mundo nuevo cada vez que uno de nosotros encuentra fuerzas nuevas para vivir, entusiasmo nuevo, esperanzas nuevas, nuevo corazón y nueva alegría.

Pero creer en un Dios Todopoderoso exige al mismo tiempo colaborar con el dominio y el señorío del Dios creador. La fe no puede ser un opio para los pueblos. Creer en un Dios Todopoderoso no aliena a los hombres de sus responsabilidades en la sementera ni disminuye sus capacidades y urgencias de trabajo. Juan Pablo II, en la encíclica *Laborem exercens*, ha fundamentado la teología del trabajo humano en esta tarea de la «*omnipotencia del hombre*» puesta al servicio de la otra omnipotencia de Dios. El trabajo del hombre es grande, noble y bello. Dios ha querido escogernos para actuar en este mundo y ha querido condicionar su misma omnipotencia a nuestra «mini-potencia»

Pero si él crea estos mundos nuevos, profesar nuestra fe en un Dios Todopoderoso es aceptar también que un día él creará—recreará—este mundo nuestro. La historia no está llamada a un fracaso escatológico.

Aunque sólo veamos los hilos entrecruzados del envés de este tapiz, sabemos que el tapiz de la historia tiene sentido y armonía. El Señor, que es el creador del mundo, es el recreador del mundo nuevo que esperamos, donde habitará la justicia (2 *Pe* 3,13). Creemos en aquel que hace nuevas todas las cosas (*Ap* 21,55).

Creer en un Dios padre Todopoderoso es, pues, afirmar la fantasía de Dios, la capacidad de Dios para imaginar y crear, proyectar y construir un mundo diferente a este mundo que nosotros vamos haciendo cada día.

No en vano nuestros artistas medievales representaron el Pantocrátor en el ábside o las bóvedas de nuestros templos o lo esculpieron en el tímpano de nuestros monasterios y catedrales. Era un acto de fe y de esperanza en el Dios que, en Jesucristo, se nos muestra señor del mundo y prometededor de nuevos mundos.

Ante esas imágenes es preciso recordar nuevamente a María, la madre creyente que proclama de todo corazón la grandeza de su Dios porque se ha mostrado poderoso y su potencia ha destronado la falsa potencia de los poderosos. María ha comprendido que creer en un Dios Todopoderoso es como un grito de liberación para los creyentes. Creer en él nos libera de todas las esclavitudes de los que abusan del poder y de nuestra propia fascinación ante la tentación de la fuerza y el poderío.